

una pequeña isla de los Lucayos, llamada Cai-cos. Al octavo día surgieron en otra isla llamada Yaguna en 24°, al octavo día desde Puerto-Rico. De allí pasaron á la isla de Mamega en 24° 30', y al undécimo día llegaron á Guanahani, que está á 25° 40', norte. Esta isla de Guanahani fue la primera descubierta por Colon en su primer viaje, y á la cual le puso San Salvador. Esta es la sustancia de las observaciones de Herrera, enteramente conclusivas en cuanto á San Salvador. Las latitudes, ciertamente, están todas mas altas de lo que son: la de San Salvador siendo tal, que no corresponde con la de ninguna otra tierra, mas que la conocida hoy con el nombre de islas de Berry, distantes setenta leguas de la costa mas próxima de Cuba: mientras Colon nos dice que San Salvador solo distaba 45 leguas del puerto del Príncipe. Pero en aquellos días de navegación, los instrumentos y las tablas eran muy imperfectos.

La segunda isla á que llegó Ponce de Leon en su rumbo al nor-oeste, fue una de los Caicos: la primera, llamada entonces el Viejo, debió ser la isla del Turco, que yace al sud-este de los Caicos. La tercera isla á que llegaron, era probablemente Mariguana; la cuarta la Crooked, y la quinta isla Larga. Al fin llegaron á Guanahani (el San Salvador de Colon). Si suponemos á esta idéntica con la isla del Turco, adonde están las islas á que Ponce de Leon tocó sucesivamente en su viaje desde Puerto-Rico á San Salvador? No se ha hablado en estas observaciones de la identidad de nombre que han conservado San Salvador, Concepcion y Puerto-Príncipe, con los que les dió Colon, no obstante el poder del uso. Creese que hay razones para autorizar al mundo á conservar su creencia, de que la presente isla de San Salvador es el punto adonde Colon desembarcó por vez primera.

NUMERO 17.

PRINCIPIOS BAJO LOS CUALES SE HAN REDUCIDO Á LA MONEDA CORRIENTE LAS SUMAS MENCIONADAS EN ESTA OBRA.

En el reinado de Fernando é Isabel, el marco de plata, que era igual á ocho onzas, ó á cincuenta castellanos, se dividía en sesenta y cinco reales, y cada real en treinta y cuatro maravedises; así que, habia 2,240 maravedises en un marco de plata. Entre otras monedas de plata corria el real de á ocho, que se componía de ocho reales, y era con la diferencia de una pequeña fraccion, la octava parte de un marco de plata, ó una onza. De las monedas de oro que circulaban entonces, el castellano ó *dobla de la banda*, valia 490 maravedises, y el ducado 393 maravedises.

Si el valor del maravedí hubiera permanecido constante en España hasta el día de hoy, sería fácil reducir una suma del tiempo de Fernando é Isabel á una suma correspondiente de la actual moneda; pero las depreciaciones sucesivas de la moneda de vellón, ó metales mezclados, acuñada desde entonces, el real y maravedí de vellón, que han reemplazado la moneda antigua, se redujeron, hácia el año de 1700, á cerca de la tercera parte del valor del antiguo real y maravedí, conocido hoy como real y maravedí de plata. Mas como la antigua pieza de ocho reales era igual aproximativamente á una onza de plata, y el duro ó peso fuerte del día, igual tambien á una onza de plata, pueden considerarse idénticos. Así en la América española, se divide en ocho partes, llamadas reales, que evidentemente representan el real del tiempo de Fernando é Isabel. Pero la onza de plata valia antiguamente 276 1/4 maravedises; luego el duro es tambien igual á 276 1/4 maravedises. Reduciendo las sumas mencionadas en esta obra á marave-

dises, y dividiendo el resultado por 276 1/4, resulta un cociente de duros del día.

Hay otro cálculo que hacer, antes de poder averiguar el valor presente de una suma de oro ó plata de los tiempos antiguos. El valor del metal se ha alterado. Antes del descubrimiento de América se estimaba una onza en triple precio del que ahora tiene. Al mismo tiempo, una onza de plata compraba lo que hoy cuesta cuatro onzas de plata. De aquí aparece, que el valor del oro y de la plata varian el uno respecto al otro lo mismo que ambos respecto á las otras comodidades. Esto se debe á que ha venido mucha mas plata que oro del Nuevo-Mundo respecto á la cantidad previamente en circulacion. En el decimoquinto siglo, una onza de oro equivalia á doce de plata; ahora, en el año de 1827, se cambia por diez y seis.

Al dar, pues, una idea del valor relativo de las sumas mencionadas en esta obra, ha sido necesario multiplicar por 3 las de oro, y por 4 las de plata.

Debe añadirse que el duro se calcula en esta obra, igual á cien centésimos de los Estados-Unidos de América, y á cuatro schilines y seis peniques de Inglaterra.

NUMERO 18.

MARCO POLO.

Marco Polo ilustra en alto grado los viajes de Colon, que sin él apenas serian comprensibles.

Fue Marco Polo un veneciano, que en el decimotercio siglo hizo un viaje á las remotas regiones del oriente, y llenó la cristiandad toda de curiosidad con la relacion de los países que visitara. Le precedieron en su viaje su padre Nicolas, y su tío Mateo Polo. Estos dos hermanos eran de una familia ilustre de Venecia, y se embarcaron en 1250 para hacer un viaje comercial al oriente. Detuviéronse algun tiempo en Constantinopla. Vivieron un año en Armensia protegidos por un príncipe tártaro. Habiéndose declarado guerra entre su protector y un príncipe vecino, y quedando aquel derrotado, no sabian como salir de aquel país. Despues de vagar por varias partes, llegaron al fin á Bocara, en el golfo de Persia, adonde residieron tres años. En ellos llegó un embajador de uno de los potentados inferiores tártaros que iba á la corte del gran Khan. Viendo que ambos hermanos poseian bien el idioma tártaro, los persuadió á que le acompañasen. Detenidos por las nieves arribaron á la corte de Gublai, el gran Khan, ó rey de reyes, siendo el potentado soberano de los tártaros. Este magnífico príncipe los recibió con mucha distincion; se informó de las naciones, príncipes, costumbres, y gobierno de la raza latina; y sobre todo de su religion. Tanto le admiraron las respuestas que los venecianos le dieron, que despues de tener consejo con las principales personas de su reino, pidió á los dos hermanos que fuesen de su parte como embajadores al papa, para suplicarle le enviase cien doctores, bien instruidos en la fé cristiana, que comunicasen el conocimiento de ella á los sábios de su imperio. Tambien pidió le trajesen un poquito de aceite de la lámpara de nuestro Salvador en Jerusalén, que pensaba tendría maravillosas virtudes. Habiéndoles dado cartas para el papa, escritas en lengua tártara, señaló uno de los primeros nobles de su corte que los acompañase en aquella mision. Despidió á los hermanos, y dióles una lámina de oro, para que les acataren en todos sus dominios.

Apenas habrian andado veinte millas, cuando el noble que los acompañaba cayó malo, y se vieron obligados á abandonarlo y continuar su ruta. El pasaporte dorado les procuraba toda especie de atenciones por los dominios del gran Khan. Llegaron seguros á Acre en abril de 1269. Allí recibieron nuevas de la reciente muerte del Papa Clemente IV, que sintieron

mucho temiendo causase dilaciones en su mision. Habia entonces en Acre un legado de la Santa Sede, Teobaldo de Visconti, natural de Plasencia, á quien dieron cuenta de su embajada. Los escuchó con grande atencion é interes, y aconsejóles que esperasen la eleccion del nuevo papa.

Partieron segun este consejo para el Negro Ponto, y de allí pasaron á Venecia, donde vieron que se habian verificado grandes cambios en sus negocios domésticos durante aquella larga ausencia. La mujer de Nicolas, que habia quedado en cinta, murió al dar á luz á su hijo Marco, ya de diez y nueve años de edad.

Diferida por dos años la eleccion del pontífice, emprendieron su viaje para demandar los documentos espirituales que exigia el gran Khan. En este segundo viaje llevó Nicolas Polo consigo á su hijo Marco, que despues escribió lo que habia visto.

Los recibió de nuevo con grande favor el legado Teobaldo, que ansioso por el suceso de su mision, les dió cartas para el gran Khan, en que se explicaban las doctrinas cristianas. Con estas y con un poco de aceite del Santo Sepulcro, salieron una vez mas en setiembre de 1271 para las partes remotas de Tartaria. No hacia mucho que habian partido, cuando llegaron misiones de Roma, informando al legado de haber sido elegido el mismo papa para la Santa Sede. Tomó el nombre de Gregorio X, y decretó que en lo futuro, á la muerte del papa, los cardenales se encerrasen en cónclave hasta elegir un sucesor: reglamento sabio que ha continuado desde entonces, forzando á una decision pronta y excluyendo toda intriga.

Hecha su eleccion expidió un correo al rey de Armenia, pidiéndole que los dos venecianos volviesen á Europa, si aun no habian partido de sus dominios. Volvieron gozosos, y recibieron nuevas cartas para el Khan. Tambien dos elocuentes frailes, Nicolas Vincenti y Gilberto de Trípoli, salieron con ellos, provistos de poderes para ordenar sacerdotes y obispos y conceder la absolucion. Llevaron regalos de vasos de cristal y otros artículos costosos que presentar al gran Khan, y articularon así una vez mas su viaje.

Al llegar á Armenia estuvieron á pique de ser victimas de los guerreros que la desolaban. Se refugiaron por algun tiempo con el superior de un monasterio: allí los dos reverentes padres, perdiendo el valor necesario para tan peligrosa empresa, determinaron no pasar adelante, y los venecianos continuaron su viaje. Mucho tiempo pasaron en el camino, expuestos á grandes trabajos y sufrimientos á causa de los torrentes y tormentas, siendo á la sazón invierno. Al fin llegaron á una ciudad de los dominios del Khan. Cuando el potentado supo su venida, envió oficiales á recibirlos á cuarenta días de distancia de la corte, y á que proveyesen alojamiento por el camino. Recibió con bondad á los enviados, y con júbilo y veneracion sus presentes.

Los tres venecianos, padre, hermano é hijo, fueron tratados con tal distincion por el Khan, que se llenaron de celos los cortesanos. Pero no tardó Marco en popularizarse, y le estimaba especialmente el emperador. Aprendió las diversas hablas del país, y la confianza que de él hizo el gran Khan, le valió para alcanzar sus profundos conocimientos.

Despues de residir muchos años en la Tartaria, desearon los venecianos volver al fin á su país nativo. Salieron en su viaje de vuelta en la comitiva de ciertos enviados del rey de las Indias, que llevaban á una princesa de Tartaria para esposa de su monarca. De nuevo los proveyó el munificente Khan con tablas de oro para servir, no solo de pasaportes, sino de órdenes á todos los comandantes de sus territorios, para que les suministrasen todos los auxilios necesarios.

Se embarcaron en una flota de catorce velas, y costeó las playas del Asia hasta una isla que ellos llamaron Jana; de allí atravesaron el mar indio, y llegaron á la corte del monarca de las Indias. Pasado algun tiempo llegaron á Constantinopla, de donde partieron para Venecia que los vió llegar cargados de riquezas.

Ramusio da una variedad de particularidades respecto á su arribo, que compara al de Ulises. Venian pobremente vestidos de groseras telas, segun la moda de los tártaros. Cuando llegaron á Venecia nadie los conocia. Tantos años habian pasado desde su partida sin tener noticia de ellos, que ó bien los habian olvidado ó los consideraban muertos. La costumbre se habia arraigado en ellos de tal modo, que mas parecian tártaros que italianos.

Llegaron á su propia casa, noble palacio, conocido con el nombre de La-Corte de i Milioni. Hallaron muchos parientes habitándola todavía; pero tardaban estos en acordarse de los viajeros, no sabiendo su riqueza, y considerándoles tal vez pobres aventureros, vueltos á servir de carga á su familia. Los Polos, empero, tomaron un medio eficaz para refrescar la memoria de su parentela y proporcionarse una recepcion amorosa. Los convidaron á todos á un gran banquete. Cuando llegaron los huéspedes, los recibieron ricamente aderezados con ropas de raso liso carmesí de hechura oriental. Los viajeros se presentaron vestidos de riquísimos damascos por segunda vez. Los primeros trajes se cortaron y distribuyeron entre los criados, siendo tan anchos que arrastraban por el suelo; á la cual, dice Ramusio, era la moda de entonces para los vestidos de dentro de casa. Despues de gustar de las viandas, se retiraron de nuevo, y vinieron vestidos de terciopelo carmesí, dando tambien á los criados los segundos trajes. Al fin de este acto, se repitió lo mismo con las ropas de terciopelo, y aparecieron á la moda veneciana de entonces. Los huéspedes no comprendian aquello hasta que traídos por los criados los trajes en que habian llegado vestidos, y rasgándolos por varias partes con su cachillo y abriendo los forros y costuras, comenzó á llover sobre la mesa vastísima copia de preciosas joyas, tales como rubíes, esmeraldas záfiro y diamantes. Chispeaba la mesa con aquella opulencia inestimable que habian adquirido de la liberalidad del gran Khan, y que habian así traído en secreto por entre los peligros de su largo viaje.

«Los convidados, dice Ramusio, se llenaron de maravilla, y entonces conocieron claramente lo que al principio habian dudado, que aquellos eran en verdad los honrados y valerosos caballeros Polos, y por lo tanto los trataron con grande respeto y reverencia.»

Ramusio oyó contar esta fiesta á Gasparo Melipiero, y la da por tradicional.

Divulgada esta noticia los venecianos fueron á ofrecerle sus respetos. Mateo se vió magistra, y de tal modo eran aficionados á nombrar á su protector que como siempre hablaba de las riquezas del gran Khan en cantidades redondas, le dieron en Venecia el nombre de Maese Marco Milioni.

Algunos meses despues de su vuelta, Lampa Doria, comandante de la flota genovesa, apareció en las cercanías de la isla de Cugzola, con setenta galeras. Andrea Dandolo, el almirante veneciano, fue enviado contra él. Marco Polo mandaba una galera en la escuadra. Le abandonó entonces su buena fortuna. Avanzando el primero en la linea con su galera, y no segundándolo las otras, fue hecho prisionero, y llevado á Génova en cadenas. Allí pasó mucho tiempo en un calabozo, sin que se le admitiesen sus ofrecimientos de rescate. Causó este cautiverio mucho dolor á su padre y tío, que temian nunca volviere. Viéndose ambos en este infeliz estado, con tantos tesoros y sin herederos, consultaron juntos. Ambos

erar muy ancianos; pero Nicolas, dice Ramusio, poseia complexion gallarda: se determinó á tomar esposa. Así lo hizo; y con maravilla de sus amigos, en cuatro años tuvo tres hijos.

Circulando en Génova la fama de sus viajes, fue protegido por toda la poblacion, y un caballero le inspiró el pensamiento de escribir aquella obra que llenó el mundo con su fama.

El mérito de Marco Polo le procuró al fin su libertad. Volvió á Venecia, adonde encontró un enjambre de hermanitos. No le incomodó este hallazgo, siguió el ejemplo de su padre, se casó y tuvo dos hijas Moretta y Tantina. Los hijos de segundas nupcias de su padre murieron sin sucesion masculina, y se extinguió la familia de Polo en 1417.

Estas son las particularidades conocidas de Marco Polo; cuyos viajes ocuparon mucho tiempo á Europa, y tuvieron grande influjo en los descubrimientos modernos. Su espléndida narrativa de la extension, opulencia y poblacion de estos territorios bárbaros, llenó de maravilla todas las gentes. La posibilidad de traer todas aquellas regiones bajo el dominio de la Iglesia, y de hacer al gran Khan vasallo obediente de la Santa Sede, fue por mucho tiempo tópicos favoritos entre los entusiastas misionarios de la cristiandad; y muchos emprendieron la conversion de este infiel opulento.

Aun despues del trascurso de dos siglos, cuando las empresas para el descubrimiento de una nueva via á las Indias habia excitado tantas especulaciones acerca de aquellas regiones remotas del oriente, la conversion del gran Khan volvió á ser asunto popular; empresa demasiado romántica y especulativa, para no llenar la viva imaginacion de Colon. En todos sus viajes buscó aquellos dominios, y en la hora de su agonía aun los prometía á los monarcas de España.

NUMERO 19.

LA OBRA DE MARCO POLO.

DICEN que fue esta obra en latin, pero es probable que lo fuese en italiano. Circularon muchas copias y con la imprenta tomó un vuelo prodigioso esta produccion.

Purchas dice que los copistas han adulterado el texto, y de aquí nacen muchas de sus extravagancias.

Cuando apareció por primera vez la obra, la consideraron muchos como un compuesto de ficciones y extravagancias; pero Vosio nos asegura que hubo un tiempo en que la apreciaron altamente los doctos.

Francisco Pepin, autor de la version de Brandenburgo, llama á Polo hombre recomendable por su devoción, prudencia y fidelidad. Atanasio Kircher, en su descripcion de China, dice, que ninguno de los antiguos ha descrito con mas exactitud los reinos de las remotas partes del oriente. Otros varios hombres doctos atestiguan en favor de su carácter, y viajeros posteriores han autentizado los mas de los puntos sustanciales de su obra. Falsea, sin embargo, la historia. Confunde los nombres de los sitios, es inexacto en cuanto á las distancias, y no da las latitudes de los lugares que vió.

Se ha dudado mucho si visitó, en efecto, todos los países que describe, ó si su relacion de la Tartaria y del Cathay y de varias partes de las costas india y africana, las tomó de las narraciones de los mahometanos.

Ramusio piensa; que una gran parte del libro tercero la sacó de las relaciones de los marineros del mar Indio. Atanasio Kircher ignora por qué no hablaria de la gran muralla de la China, que debió pasar á menos que visitase aquel país por agua.

Es cierto que visitó los países que describe, pero se olvida de formar un libro de memoria, y por eso confunde la fábula con la historia. Mucho se ha dis-

currido tambien acerca de un mapa que Marco Polo trajo del Cathay, que se conservó en el convento de San Miguel de Murano, en las cercanías de Venecia, y en el cual se indicaban el cabo de Buena-Esperanza, y la isla de Madagascar, países que los portugueses pretenden haber descubierto dos siglos despues. Se ha sugerido tambien, que habia ido Colon al convento, y examinado el mapa, de donde tomó algunas de sus ideas respecto á la costa de India. Segun Ramusio, empero, que habia estado en el convento, y conocia muy bien al prior, el mapa que allí se conservaba era uno copiado por un fraile del mapa original de Marco Polo, y aun se habian hecho por otras manos muchas alteraciones y adiciones; de modo que por mucho tiempo perdió todo su crédito con la gente juiciosa, hasta que confrontado con la obra de Marco Polo, se halló que en lo principal correspondia á sus descripciones. El cabo de Buena-Esperanza era, sin duda, una de las alteraciones hechas despues del descubrimiento de los portugueses. Colon no habla de este mapa, se guiaba por el que le envió Pablo Toscanelli, y que se habia proyectado por el mapa original, ó por las descripciones de Marco Polo.

Cuando en el décimo quinto siglo se volvió la atencion pública hácia las remotas partes del Asia, y se esforzaban los portugueses en circunnavegar el Africa, volvió á hablarse de Marco Polo. Este Nicolo le Conte, el veneciano, y Gerónimo de San Estefano, genoves, se dice que suministró las noticias por las cuales se guiaron los portugueses en su viaje.

Sobre todo, la influencia que la obra de Marco Polo tuvo en el ánimo de Colon, le da particular interés é importancia. Colon amaba la obra de Marco Polo; que tenia manuscrita, y su sueño era encontrar la famosa Cipango.

Es, por lo tanto, oportuno especificar algunos de aquellos sitios, y el modo con que los describe el viajero veneciano, para que pueda el lector entender plenamente las anticipaciones que ocupaban el ánimo de Colon en sus viajes por entre las islas de las indias occidentales, y por la costa de tierra firme.

La principal residencia del gran Khan, segun Marco Polo, era en la ciudad de Cambalú (probado ya ser Pekin) en la provincia de Cathay. Esta ciudad, dice, tenia veinte y cuatro millas cuadradas, y estaba edificada admirablemente. Era imposible, segun Marco Polo, describir la vasta variedad de mercancías y manufacturas que se traian á ella; pareciera al verlas que bastaban para proveer á todo el universo.

«Allí se ven en maravillosa abundancia las piedras preciosas, las perlas, las sedas y los diversos perfumes del oriente: apenas pasa un día en que no lleguen cerca de mil carros cargados de sedas, de que hacen admirables tejidos en aquella ciudad.

»El palacio del gran Khan está erigido con suntuosa magnificencia, y tiene cuatro millas de circunferencia. Mas bien parece un grupo de palacios. El interior resplandece con el oro y la plata, y en él están guardados los vasos preciosos y joyas del soberano.» Todos los objetos empleados por el Khan para la guerra, la caza y varias festividades, están descritas en magníficos términos.

Pero aunque Marco Polo tiene tanto esplendor en sus descripciones de la provincia de Cathay é imperial ciudad de Cambalú, se escude á sí mismo cuando pinta la provincia de Mangue. Esta se supone que sea la parte del sur de la China. Contiene, dice, doce mil ciudades. La capital, Quinsay, que se cree sea la ciudad de Hang-chen, estaba á veinte y cinco millas del mar, pero se comunicaba por un rio con un puerto situado en la costa, tenia mucho comercio con la India.

El nombre de Quinsay, segun Marco Polo, sigui-

fica la ciudad del cielo: dice que ha estado en ella, y examinádola diligentemente, y afirma que es la mayor del mundo; y es así en efecto, si la medida del viajero se toma literalmente. Declara que tiene cien millas de circuito, y que está erigida en pequeñas islas, como Venecia, y se comunica por doce mil puentes de piedra, cuyos arcos son tan altos, que los mas grandes buques pasan por debajo sin bajar los mástiles. Tiene tres mil baños, seiscientas mil familias, abundancia de casas magníficas, y un lago dentro de sus muros de treinta leguas de circuito: en cuyas márgenes hay soberbios palacios de gente principal. Los habitantes de Quinsay son muy voluptuosos, y se entregan á toda especie de lujo y delicia, particularmente las mujeres, que son hermosísimas. Hay muchos comerciantes y artesanos; pero no trabajan los maestros, y si emplean oficiales y criados en toda especie de labor. La provincia de Mangui fue conquistada por el gran Khan que la dividió en nueve reinos; señalando á cada uno un rey tributario. Sacaba de ella una inmensa renta por abundar el país en oro, plata, sedas, azúcar, especias y perfumes.

ZIPANGU, ZIPANGRY Ó CIPANGO

Mil y quinientas leguas de la costa de Mangui, en el Océano, yace la grande isla de Cipangri, ó como la escribe Colon, Cipango, que se supone sea el Japon. Marco Polo la describe abundante en oro, el cual empero rara vez permite el rey que se saque de la isla. Tiene S. M. un palacio cuyas puertas, salas, tejas y ventanas están cubiertas de oro. La isla produce tambien vastas cantidades de las mas grandes y finas perlas, y asimismo una variedad de piedras preciosas, de modo que en efecto abunda en riquezas. El gran Khan hizo varios esfuerzos para conquistar esta isla, pero en vano; lo cual no debe extrañarse, si es cierto lo que dice Marco Polo, que los habitantes tenían atadas á los brazos ciertas pedruzuelas encantadas, de tal virtud que hacian, por el poder del diablo, invulnerables á sus dueños. La isla de Cipango fue objeto de diligente busca para Colon.

Por los alrededores de Cipangri ó Cipango, y entre ella y la costa de Mangui, la mar, segun Marco Polo, estaba tachonada de pequeñas islas, habiendo hasta siete mil cuatrocientas cuarenta y ocho, de las cuales las mas están habitadas. No hay una que no produzca árboles odoríferos y abundancia de perfumes. Colon se creyó una vez en medio de estas islas.

Estos son los lugares principales descritos por Marco Polo, que ocurren en las cartas y diarios de Colon. La isla de Cipango fue la primera que esperaba encontrar: y pensaba despues visitar la provincia de Mangui, y buscar al gran Khan en la ciudad de Cambalú, provincia de Cathay.

Si no tiene el lector presente estas descripciones suntuosas de Marco Polo, de países preñados de riquezas, y ciudades cuyas cúpulas y palacios flameaban en oro, tendrá pobre idea de los dorados ensueños de Colon, cuando descubrió lo que suponía ser la extremidad del Asia.

La vehemente esperanza de llegar pronto á aquellos países y de ver las descripciones del veneciano, le indujeron la riqueza inmediata que causó tantos disgustos, y dió márgen á que le acusaran con frecuencia de escitar falsas esperanzas, y entregarse á exageraciones y delirios.

NUMERO 20.

SIR JOHN MANDEVILLE.

Despues de los de Marco Polo, los viajes de sir John Mandeville, y su pintura de los territorios del gran

Khan por la costa de Asia, parece haberse posesionado del espíritu de Colon.

Nació Mandeville en la ciudad de San Albans. Se dedicó á los estudios desde su infancia, aplicándose especialmente á la medicina. Deseando ver las partes remotas de la tierra conocida entonces, esto es, Asia y Africa, y sobre todo de visitar la tierra Santa salió de Inglaterra en 1332, y pasando por Francia se embarcó en Marsella. Segun su propia relacion, visitó la Turquía, Armenia, Egipto, la alta y la baja Libia, Siria, Persia, Caldea, Etiopía, Tartaria, Amazonia y las Indias, y residió en sus principales ciudades. Pero mas que en ninguna parte se deleitaba en la Tierra Santa, adonde permaneció mucho tiempo inspeccionándola, y corriendo en pos de las huellas de Jesus. Despues de una ausencia de treinta y cuatro años, volvió á Inglaterra; pero se halló olvidado y desconocido de la mayor parte de sus paisanos, y extranjero en su país nativo. Escribió una historia de sus viajes en tres idiomas, ingles, frances y latin, porque sabia muchas lenguas. Dedicó su obra á Eduardo III. No parece que sus viajes le inspiraron amor por el mundo en general, ni por su propia casa. Criticaba su siglo, diciendo que ya no habia virtud; que la Iglesia estaba arruinada; que prevalecia el error en el clero, la simonía en el trono, y en una palabra; que el demonio reinaba triunfante. Se volvió pronto al continente, y murió en Liege en 1372. Se enterró en la abadía de los Guillelmistas, en los alrededores de la ciudad, adonde Ortelius dice que vió su monumento, en el que habia una efigie de piedra de un hombre con una barba en figura de horquilla, y las manos levantadas hácia la cabeza, probablemente cruzadas como para hacer oracion, segun antigua usanza, y con un león á los pies. Habia una inscripcion manifestando su nombre, calidad y carrera, á saber: profesor de medicina, y que era muy docto y piadoso para con los pobres, y que despues de haber viajado por todo el mundo, habia muerto en Lieje. Mostráronle los frailes tambien sus espueias y los arrees del caballo que habia montado en su viaje.

Las descripciones que da Mandeville del gran Khan, de la provincia de Cathay, y de la ciudad de Cambalú, no son tan extrañas como las de Marco Polo. El palacio real tenia mas de dos leguas en circunferencia. La grande sala veinte y cuatro columnas de cobre y oro. Habia mas de trescientos mil hombres ocupados viviendo en él y sus cercanías; de los cuales mas de cien mil en el cuidado de los elefantes, de que habia diez mil, y de una vasta variedad de otros animales, aves carnívoras, halcones, loros y papagayos. Los días de fiesta se empleaba doble número de hombres. El título de este potentado en sus cartas era: «Khan, el hijo de Dios, exaltado poseedor de toda la tierra, señor de aquellos que son señores de otros.» En su sello estaba grabado: «Dios reina en el cielo, y el Khan sobre la tierra.»

El nombre de Mandeville se ha hecho proverbial para indicar las exageraciones de un viajero; sin embargo, las descripciones de los países que visitó, se han hallado mucho mas veraces de lo que se habia creído. Sus pinturas de Cathay y de las opulentas provincias de Mangui, tenían grande autoridad con Colon, máxime correspondiendo tan bien con las de Marco Polo.

NUMERO 21.

LAS ZONAS.

ERAN las zonas, bandas ó círculos imaginarios de los cielos; que producian efectos en el clima de otras fajas correspondientes del globo de la tierra. Los círculos polares y los de los trópicos, marcan estas divisiones.

La region central, situada bajo el camino del sol,

se llamaba zona tórrida: las dos regiones de entre los trópicos y los círculos polares, zonas templadas; y las partes restantes entre los círculos polares y polos, zonas frías.

Las regiones heladas de cerca de los polos, se consideraban no habitables ni navegables á causa de ser muy frías. La zona abrasada ó mas central de ella, contigua al Ecuador, se consideraba no habitada, improductiva é intransitable, por ser muy cálida. Las zonas templadas que entre ellas yacian, se consideraban fértiles y saludables, y propias para el goce de la vida.

El globo se dividía en dos hemisferios por el Ecuador, línea imaginaria que le rodeaba á igual distancia de los polos. El todo del mundo conocido de los antiguos, se contenía en la zona templada del hemisferio del Norte.

Se creía que si hubiese acaso habitantes en la zona templada del hemisferio del Sur, no podría haber comercio con ellos, á causa de la interposicion de la zona abrasada.

Parménides fue, segun Estrabon, el inventor de esta teoría de las cinco zonas, pero hizo estender la zona tórrida mas allá de los trópicos. Aristóteles admitió esta doctrina. En su tiempo no se conocian las partes estremas del Norte de Europa ni de Asia, ni el interior de la Etiopía, ni el Sur del Africa, que se estiende hasta el Cabo de Buena-Esperanza. Creía Aristóteles que habia tierra habitable en el hemisferio del Sur, pero que estaba dividida para siempre de la parte del mundo ya conocido por la inaccesible zona del Ecuador.

Plinio defendió la opinion de Aristóteles respecto á la zona abrasada. «La temperatura de la region central de la tierra, dice, donde sigue el sol su carrera, está quemada como con fuego. Las zonas templadas de ambos lados, á lo menos cuán comunicarse entre sí, en consecuencia del calor férvido de esta region.»

Strabon (l. II) á esta teoría da tambien su aprobacion; y otros antiguos filósofos y poetas pueden citarse para manifestar la boga que alcanzó este dictámen.

Debe observarse, que cuando Colon defendia su proposicion ante los doctos de Salamanca, la antigua teoría de la zona abrasada no se habia aun desvanecido totalmente por los descubrimientos modernos. Es cierto que penetraron los portugueses hasta dentro de los trópicos; pero aunque todo el espacio comprendido entre el trópico de cáncer y el de capricornio, se llamaba en frase comun la zona tórrida, la parte intransitable y no despoblada, se estendia solo á un número limitado de grados por ambos lados del Ecuador, formando en su totalidad como una tercera parte, ó cuando mas una mitad de la zona. La prueba que Colon quiso aplicar de su viaje á San Jorge de la Mina, no era conclusiva para los que estaban preocupados por la teoría antigua, y que ponian la region verdaderamente tórrida mas hácia el Sur y junto al Ecuador.

NUMERO 22.

LA ATALANTE DE PLATON.

HABLA Platon de la isla de Atalante en su diálogo de Timeo. Se supone en esta composicion que Solon, el legislador ateniense, habia pasado al Egipto, y se hallaba en una ciudad antigua del Delta, fértil isla que el Nilo forma, conversando con varios doctos sacerdotes sobre las antigüedades de los siglos remotos cuando uno de ellos le describió la maravillosa isla arruinada cuando el mundo fue abrasado por causa de Taola.

Esta isla, dijo el sacerdote, ha estado situada en el Océano occidental, en frente del estrecho gaditano. Habia fácil pasaje de ella á otras islas que yacian

cerca de un continente de mas estension que toda la Europa y el Asia. Neptuno se fijó en esta isla, de cuyo hijo Atlas, se derivó su nombre. Se dividió la Isla entre sus diez hijos. Sus descendientes reinaron en ella por muchas edades. Invadieron la Europa y el Africa, subyugaron toda la Libia hasta el Egipto, y toda la Europa hasta el Asia Menor.

Los resistieron, empero, los atenienses, y los hicieron retroceder hasta sus territorios atlánticos. Poco despues de esto hubo un tremendo terremoto é inundacion del mar que duró todo un día y una noche. En esta conmocion la isla de Atalante fue sumergida en el mar, que extendiendo sus aguas por aquellas ruinas, formó el Océano Atlántico. Por mucho tiempo, empero no estuvo el mar navegable á causa de las rocas y bancos, del lodo y la ruina de los ahogados países.

Muchos han creído ser esta isla un sueño de Platon; otros suponen que Platon, mientras estuvo en Egipto, habia recibido algunas ideas vagas de las islas Canarias, y á su vuelta á la Grecia, hallando que aquellas islas eran tan completamente desconocidas á sus paisanos, las habia hecho punto de sus especulaciones morales y políticas. Algunos, en fin, han querido dar mayor peso á este cuento. Imaginan que puede haber existido realmente tal isla llenando una gran parte del Atlántico, y que el continente de que habla era el de América, el cual no era en este caso desconocido de los antiguos. Kircher supone haber sido una isla, que se estendia de las Canarias á las Azores; que se sumergió realmente en una de las convulsiones del globo, y que aquellas pequeñas islas son rotos fragmentos de la grande.

Como prueba de que el Nuevo-Mundo no era desconocido á los antiguos, se ha citado un singular pasaje de la Medea de Séneca, maravillosamente apropiado, y que muestra á lo menos cuán cerca la imaginacion ardorosa del poeta puede aproximarse á la profecía.

Otros suponen que la Atalante no era mas que una de las mas cercanas de las Canarias, á saber Fortaventura ó Lanzarote.

NUMERO 23.

LA IMAGINARIA ISLA DE SAN BRANDAN.

UNA de las ilusiones ópticas de que hay recuerdo, es la que por mucho tiempo ocupó la imaginacion de los habitantes de las Canarias. Creian ver una isla montañosa de unas noventa leguas de longitud, muy remota y situada al occidente. Solo se veia á intervalos, pero en tiempo del todo claro y sereno y era colocada por los naturales á diversas distancias.

Al querer, empero, acercarse á ella, eludía la busca, y no se hallaba en parte alguna. Pero habia tantas personas de crédito que concurrían en declarar que la habian visto, y el testimonio de los habitantes de diferentes islas correspondia tan bien en cuanto á su forma y posicion, que no se dudaba de su existencia, y la insertaban los geógrafos en sus mapas. Se halla en el globo de Martin Behem proyectado en 1492, segun la delineacion de Mr. de Mur, y se hallará en los mas de los mapas del tiempo de Colon, puesta por lo comun á unas doscientas leguas occidente de las Canarias. Durante el tiempo en que estaba haciendo Colon sus proposiciones á la corte de Portugal, un habitante de las Canarias pidió al rey Juan II un buque para ir en pos de esta isla. En los archivos de la torre di Tombo hay tambien recuerdos de un contrato hecho con la corona de Portugal por Fernanto de Ulmo, el cual se propone ir á su propio coste en busca de una isla ó islas ó tierra firme supuesta ser la isla de las siete ciudades; con condicion de tener jurisdiccion en la misma para él y sus herederos, dando al rey la décima parte de las rentas. Este Ulmo

hallando la expedicion superior á su capacidad, se asoció para la empresa con un cierto Juan Alfonso del Estreito. Debían estar prontos para salir en dos carabelas en el mes de marzo de 1487. Ignórase lo demas.

El nombre de San Brandan ó Borondan ó Borondon, dado desde tiempo inmemorial á esta imaginaria isla, se dice derivarse de un abad escoces que floreció en la sexta centuria, y que se distingue á veces por las anteriores apelaciones, á veces por las de San Blandano ó San Blandanus. En el martirologio de la órden de San Agustin se dice que fue el patriarca de tres mil monges. Hácia mediados del sexto siglo acompañó á su discípulo San Maclovio, ó San Malo, en busca de ciertas islas que poseian las delicias del Paraiso, y estaban habitadas por infieles. Despues que estos santos hubieron vagado por mucho tiempo en el Océano, desembarcaron al fin en una isla llamada Ima. En ella encontró San Malo tendido en un sepulcro el cadáver de un gigante. Le resucitó, y tuvo con él una conferencia de grande interes, en que le contó el gigante cómo aquellos isleños tenian ciertas nociones de la Trinidad, y le describió, ademas los tormentos que sufrían judíos y paganos en las regiones infernales. Viendo San Malo que era el gigante tan dócil y razonable, le explicó las doctrinas de la religion cristiana, lo convirtió y bautizó con el nombre de Mildum. El gigante, empero, ó bien cansado de la vida, ó ansioso de gozar cuanto antes de los beneficios de su conversion, pidió permiso al cabo de quince días para morir de nuevo, y fuele concedida su razonable petición.

Segun otra relacion, les dijo el gigante, que sabia de otra isla en el Océano, defendida por murallas de oro bruñido, tan resplandeciente que brillaba como el cristal, pero que no habia entrada para la isla. A su petición emprendió guiarlos á ella, y tomando el cable del buque se arrojó al mar. No habian ido muy lejos, cuando una tempestad les obligó á volverse, y poco despues murió el gigante. Otra leyenda hace al santo pedir á Dios en día de pascua, que le permita hallar tierra adonde desembarcar para celebrar los oficios divinos con la debida pompa, y surgió entre las espumas una isla para que verificasen los sagrados ritos; despues de lo cual volvieron á bordo y se dieron á la vela, cuando observaron con maravilla que se sumergió la supuesta tierra en el fondo del mar, pues no era otra cosa que una monstruosa ballena. Cuando circuló el rumor de que se veia desde las Canarias una isla que eludía los esfuerzos de los descubridores, se revivieron las leyendas de San Brandan, y se aplicaron á aquella isla inaproximable. Tambien se dice, que habia un antiguo manuscrito latino en los archivos de la Iglesia catedral de la Gran Canaria, en que se recordaban las aventuras de estos santos: ha desaparecido este manuscrito. Algunos han mantenido que conocian los antiguos esta isla, mencionada por Ptolomeo entre las Afortunadas ó Canarias, con el nombre de *Aprositus*, palabra griega que significa inaccesible; y que segun fray Diego Felipe, en su libro de la Encarnacion de Cristo, manifiesta que poseia en los tiempos antiguos la misma cualidad de el burlar toda pesquisa. Pero sea lo que quiera lo que los antiguos han creído sobre el particular, es cierto que tuvo mucha ascendencia en la fé de los modernos, durante la manía de los descubrimientos; ni tampoco le faltaron abundantes testimonios. Don José de Viera y Clavijo dice que nunca se vió paradoja ni problema mas difícil en la ciencia de la geografía; pues afirmar la existencia de esta isla es atropellar la buena crítica y la razon; y para negarla debe abandonarse la tradicion.

La creencia en esta isla continuó mucho tiempo despues del de Colon. En 1526 salió á buscarla de las islas Canarias una expedicion mandada por Fernando

de Troya y Fernando Alvarez. Cruzaron en la direccion propia, pero en vano; y este viaje debia haber desengañado al público. «Pero la fantasma de la isla, dice Viera, tenia un encanto secreto tal para todos los que la habian visto, que prefirió el público dudar de la habilidad de los exploradores antes que de sus propios sentidos.» En 1570 fueron tan repetidas y claras sus apariencias, que se despertó una curiosidad general entre las gentes de las Canarias, y se envió otra expedicion. Para que no pareciese que obraban de ligero, se hizo antes una investigacion exacta de todas las personas de talento y crédito que habian visto aquellas apariencias de tierra, ó tenian otras pruebas de su existencia.

Alonso de Espinosa, gobernador de la isla del Ferro, extendió en consecuencia un expediente, en que mas de cien testigos, muchas personas de las mas principales, declararon que habian visto la desconocida isla á unas cuarenta leguas al nor-este de Ferro; que la habian contemplado con calma y seguridad, y vieron ponerse el sol tras uno de sus promontorios.

De las islas de Palma y Tenerife vinieron testimonios aun de mas crédito. Afirmaban algunos portugueses, que arrojados por una tempestad, llegaron á la isla de San Borondon. Pedro Vello, piloto del buque, aseguraba que habiendo anclado en una bahía desembarcó con varios de la tripulacion. Bebieron agua fresca en un arroyo, y vieron en la arena huellas humanas, doble mayores que las que dejan los hombres comunes, y á proporcion la distancia entre ellas. Hallaron una cruz clavada á un arbol cercano, junto al cual habia tres piedras puestas en forma de triángulo, dos de sus compañeros fueron á cazar. La noche se acercaba, empezó á encapotarse el cielo y se levantó un viento fuerte. La gente de á bordo hizo señas de que el buque iba tirando del ancla; visto lo cual, entró Vello en el bote y se apresuró á llegar á su bajel. En un momento desapareció la tierra de su vista, como si el huracan se la hubiese llevado. Disipada la tormenta y aplacados mar y cielo, buscaron en vano la isla, no se volvieron á divisar trazas de ella, y les fué preciso continuar su viaje, lamentando la pérdida de los dos compañeros que habian abandonado en el bosque.

Un doctoliciado, Pedro Ortiz de Tunez, inquisidor de la gran Canaria, en una visita que hizo á Tenerife, llamó ante sí muchas personas que testificaron haber visto aquella isla. Entre ellos habia un tal Marcos Verde, hombre bien conocido en aquellas partes. Dice que al volver de Berbería y llegar cerca de las Canarias, vió tierra que no era de las conocidas. Concluyó que fuese la famoso San Borondon. Alborozado de haber descubierto esta tierra de misterio, costeó sus mágicas playas hasta anclar en un hermoso puerto, formado por el desagüe del torrente de una montaña. Desembarcó con muchos de la tripulacion. «Era entonces, dice, la hora del Ave Maria. Puesto ya el sol, empezaron á extenderse las sombras por la tierra. Habíéndose separado los navegantes, se fueron por varias direcciones hasta no poder oír los unos los gritos de los otros. Los que estaban á bordo, viendo que era ya de noche, hicieron señas para que volviese la gente al buque. Se embarcaron de nuevo, pensando continuar sus investigaciones al otro día. Apenas estaban á bordo, cuando vino un torbellino del lado de la montaña con tanta violencia que arrancó el bajel de su ancla y le precipitó al mar; jamás volvió á ver la tripulacion esta oculta é inhospitalaria isla.»

Otro testimonio se conserva en un manuscrito de Abren Galindo; pero se ignora si fue dado entonces. Es de un aventurero frances, que muchos años antes, viajando por las Canarias, fue sobrecogido por una violenta tempestad, que se llevó los mástiles de su buque. Arrojóle el huracan á una isla sembrada de